

El Turismo español en el Siglo de la Ilustración (1715-1793)

Luis Lavour*

II

Mediado ya el Siglo de las Luces, el Madrid de Carlos III comienza a figurar como centro o punto de partida para ciertas excursiones radiales, comportando por descontado todas ellas uno o varios pernoc-tes. Particular en el que desempeñó destacado papel como punto de destino la Ciudad Imperial, vista ahora por sus visitantes a una luz cada vez más mortecina y crepuscular.

El Toledo de los Ilustrados

Imagen a cuya génesis contribuyeron poderosamente dos circunstancias. Por un lado, la intensa fase de postración económica vivida por Toledo. Sostenida desde antaño su existencia ciudadana por las rentas percibidas por la sede de la más rica archidiócesis de las Españas, sufría fuertemente los efectos del regalismo borbónico, tendente a reducir considerablemente los ingresos de la Iglesia, en favor del Real Tesoro, al tiempo que su, en tiempos, floreciente industria sedera entraba en un irreversible proceso de decadencia, herida de muerte por la imbatible competencia de los telares valencianos. Por otra parte, Toledo acusó los efectos de la entrada en servicio de la nueva carretera general a Andalucía, que colocó a la ciudad en clara relación de dependencia respecto a Madrid, al quedar situada al margen de toda importante vía de comunicación.

Además de integrar la pequeña oleada visitante más viajeros que en el pasado, los nuevos visitantes la examinaron con superior entendimiento y respeto que sus predecesores. Dotados los ilustrados de mejor información, llegaron por de pronto, dilatado el abanico de su interés, incluyendo en el ámbito de su admiración más monumentos y obras artísticas. No sin antes, y a fuer de ilustrados, tener que vencer prejuicios como los del abate Ponz, quien en 1769 echó sobre espaldas morunas «las verdaderas razones de la fealdad de Toledo». Aunque gracias a su impresionante estampa, contemplado a distancia, no tan feo en realidad, según aparecía en su alto a los procedentes de Madrid; hecho reconocido por el mismo Ponz:

«Al entrar por esta parte aún se conserva la idea de su antiguo esplendor, lo malo es al acercarse y reconocer la ciudad por menor. Acaso la mitad de

La primera parte del artículo ha sido publicada en el número 88 de la Revista.

* *Escritor.*

Toledo está arruinada siendo montones de ladrillo y tejas rotas lo que en otro tiempo eran casas y esto se nota más bien hacia la parte del Mediodía. de muchos años a esta parte las casas que se arruinan, así se quedan, o si se levantan, es por lo regular con mezquindad, dejándolas bajas y mal hechas» (1).

Visión por lo tétrica, comparable a la expuesta en 1773 por cierto turista inglés, menos objetivo en la ocasión a lo en él habitual, quien encontró a Toledo cochambroso en extremo y con no mucho de interés:

«Verdaderamente todas las calles son estrechas, tortuosas y mal empedradas, y excepto la catedral y el alcázar, no hay un sólo edificio entero, hallándose la mitad de las calles interceptadas por los montones de escombros de ladrillo de las casas que se derrumban» (2).

Hubo algo en que parecieron hallarse de acuerdo todos los visitantes. En lo endiablidamente arisco y accidentado de su suelo, constantemente pisoteado, como en tiempos de Cervantes, por las recuas de jumentos transportando en cántaros de barro el agua del Tajo, transitando por el laberinto callejero de una población en nada ajustada a los rectilíneos cánones del tipo de ciudad merecedora de los plácemes del ilustrado. Es la reprobación implícita en la observación formulada en 1772 por el diplomático provenzal, Jean Peyron, al afirmar no haber por todo Toledo más que un lugar llano, el Zocodover: «una plaza cuya forma aún carece de nombre en la geometría, pues no es redonda, ni cuadrada, ni triangular, ni hexagonal».

La catadura avejentada de su caserío, y las evidencias de su decadencia, no impidieron a los nuevos visitantes encontrar a Toledo superlativamente interesante y no poco monumental, hasta el punto de datar de entonces cuando empezó a ser visto como una ciudad-museo, acaso una de las primeras ciudades de Europa en disfrute integral de tan envidiable atributo turístico. Tal vino a ser entre todos el rasgo resaltado en 1786 por el médico y filántropo inglés, el Rev. Joseph Townsend, perfecto ejemplar del turista ilustrado de la época:

«Cada calle conserva algún signo recordando a los habitantes lo que fue en tiempos la ciudad. Es como si sobre millares de columnas rotas se hubieran grabado profundamente estas palabras; Sic transit...» (3).

En medio de su postración, Toledo experimentó hacia 1761 un conato de renacer económico al instalarse, por cuenta del Estado, y en el casco urbano la «Fábrica de Armas», o «Real Fábrica de las Espadas», como denominaron los toledanos a una industria heredera de una artesanía por siglos gloria de la ciudad. Industria trasladada en 1780 a un bello conjunto de edificios construidos por Sabatini en la Vega Baja, a orillas del Tajo, utilizando su maquinaria como fuerza motriz la corriente del río propiamente canalizada. Una industria en la que trabajando sobre aceros importados de Bilbao y Mondragón, se ganaron la vida un grupo de técnicos y operarios extranjeros.

Por aquel entonces, pegando fuerte y descalificando a diestro y siniestro, desemboca en Toledo la vanguardia neoclásica. Participando en la general repulsa desatada por toda Europa en el campo

¹ Antonio Ponz: «Viage de España», Tomo I. Madrid, 1772.

² Richard Twiss: «Travel through Portugal and Spain in 1772 and 1773». Londres, 1775.

³ Joseph Townsend: «Journey through Spain in the years 1786 and 1787». Londres, 1791.

artístico contra lo barroco y lo medieval, de modo particular contra los enormes retablos goticistas, tan chillones además de combustibles. Una ofensiva con triunfos rotundos en el interior de varias catedrales españolas de la que se libró el grandioso retablo del altar mayor de la catedral toledana, raramente mencionado entonces por quienes admiraron las tallas acromáticas del coro frontero.

El brío iconoclasta del estilo de moda expresó con singular vigor uno de sus más fervientes mantenedores en España, el abate Ponz, y en uno de los pasajes más representativos de su «Viage». Aquel en el que situado en la girola de la catedral, a un lado del escarolado marmolicio del «Transparente», y al otro, y en mármol también, el relieve neoclásico recién instalado por don Ventura Rodríguez en la capilla absidal de San Ildefonso, ante la mirada ojival de la efigie del formidable cardenal Carrillo de Albornoz, sepultado en aquella capilla. Así se expresó ante ambas obras el viajero valenciano:

«Hay dos obras muy principales dentro de este templo, y entre sí tan diversas, que la una es argumento claro del buen gusto y la otra no parece que se ideó sino para afean perpetuamente este magnífico edificio. Así es el celebrado Transparente, el cual consiste en una máquina enorme de mármoles, que harto mejor hubiera sido dejarlos para siempre en las entrañas de los montes de Carrara que no haberlos traído para ser un borrón verdadero de esta iglesia; y de aquí en adelante aún parecerá más feo con el nuevo altar de San Ildefonso que tiene enfrente.»

Resumido y transcrito, un párrafo en absoluto expuesto a modo de exponente de la inquina del abate valenciano contra el barroco y sus hijuelas, sino en función paradigmática de la beligerancia de la nueva estética contra el estilo inmediatamente anterior y posterior y el gótico inclusive. Postura bien evidenciada por el hecho de que la instalación del gélido y lechoso bajorrelieve alabado por Ponz, impuso la erradicación de «varias pinturas y esculturas de la vida de Nuestro Señor, de la Pasión de Cristo y de San Ildefonso», según declaración del mismo Ponz, «aunque del gusto gótico, observándose en ellas diligencia y buenas expresiones».

Debe, por lo tanto, estimarse como loable circunstancia los escasos fondos destinados por el Cabildo a obras catedralicias, permitiendo que los tributos pagados por la sede Primada a la nueva ola se redujeran a cosas tan veniales como los frescos pintados hacia 1778 en el claustro, y en un colorido y estilo reminiscente de los cartones para las fábricas de tapices por Bayeu y Maella, no sin destruir irremediablemente los pintados a fines del siglo XV por Berruguete, bastante deteriorados a la sazón. Bien es verdad que por entonces le llega a la catedral la hora de resultar justamente apreciado el cúmulo de joyas artísticas dispersas por las sacras dependencias, facilitando el conocimiento y disfrute del alto valor estético de algunas obras de excepción, el rico museo instalado en el oblongo recinto de la Sacristía, bellamente decorado su techo, muy a últimos del siglo anterior, por un estupendo fresco de Lucca Giordano, exhibiéndose entre otras maravillas de la orfebrería la hermosísima custodia gótica de Enrique de Arfe y cuatro globos, en plata maciza, representando las cuatro partes del mundo, en conjunto presidido desde lugar de honor por el «Expolio» de El Greco, y adornadas las paredes laterales, por un Apostolado del mismo pintor, colgado entonces demasiado en alto.

«Los tesoros de la catedral se llenaron de asombro», escribió Townsend al admirar los cuadros de la pinacoteca catedralicia formada con base a la colección de pinturas legadas en 1677 por el cardenal y arzobispo, don Pascual de Aragón, ex-*virrey* de Nápoles. Posiblemente la más apreciada por el interés toledano de su asunto, un lienzo del murciano Pedro Orrente representando la resurrección, en su sepultura, de Santa Leocadia ante el rey Recesvinto y San Ildefonso, permitiendo a éste corte un fragmento de su manto. Reliquia, gloriosamente exhibida en compañía de muchas otras, en sus ricos relicarios, en el vecino Ochavo, reordenado y redecorada su cúpula por unos decorativos frescos de Maella.

Visto lo más notorio de la catedral, respecto al resto de los monumentos, permanecen irresolutas las dudas acerca de si fueron los españoles o los extranjeros quienes lograron ver a la ciudad de modo más completo e inteligente, duda en gran parte subsistente debido a la escasez de testimonios viajeros disponibles de procedencia hispana. Circunstancia algo más equilibrada con referencia a un elemento artístico, destinado a erigirse más tarde en uno de los grandes tópicos turísticos de Toledo: las pinturas de El Greco. Una obra de espíritu tan a contrapelo de los gustos pictóricos del período, susceptible, no obstante, de inspirar, en unos y en otros, si no sólida comprensión, al menos un deferente interés análogo al acusado hacia el artista por sus convecinos del Siglo de Oro.

«Las más de las pinturas que El Greco hizo para Toledo tienen su mérito particular, siendo algunas de ellas excelentes», admite Ponz extremando cautelas, y «pinturas bastantes para considerarle en el más alto grado de su reputación entre los pintores», estima al contemplar los lienzos del retablo de Santo Domingo el Antiguo, aunque «cuadro de gran mérito» sea cuanto se le ocurra frente al entierro del conde de Orgaz, raramente conocido por otros turistas, y del que diría en 1791 el italianizante Conca: «opera che renderá eterno il mérito in pittura di Domenico Greco». Ningún Greco más elogiado que el «Expolio» de la sacristía de la catedral, del que «digno de los pinceles de su maestro el Tiziano», opinó monsieur Peyron repitiendo el parecer del P. Caimo: «cuadro que tiene consigo la delicada manera del Tiziano, aureoladas las cabezas de tan natural expresión, que parecen pintadas por el mismo Tiziano».

Destaca en las relaciones del Toledo visto por los viajeros del siglo XVIII la total omisión de restos arábigos y lo leve de las alusiones a los romanos; en sus relatos predomina la visión de una ciudad predominantemente cristiana, medieval y radicalmente occidental. De aquí fuera bastante excepcional el hecho de que en 1760, Sir Edward Clarke, vizconde de Middleton, tuviera consciencia de hallarse visitando una antigua sinagoga, al personarse en la iglesia del Tránsito, archivo de las órdenes de Calatrava y de Alcántara, desde que donaron el edificio los Reyes Católicos, a los caballeros de Calatrava, al expulsar a los judíos de la ciudad. Dijo así el aristócrata inglés en sus impresiones de viaje:

«Hay en Toledo algo interesante en verdad, *un auténtico templo hebreo*, en muy buena condición, y me apena comprobar, que al convertir el templo de judaico en cristiano, o papista más bien, la piedad de los españoles ha

privado a los amantes de la antigüedad de un gran objeto de deleite, ya que las paredes, cubiertas en tiempos de los caracteres hebreos más finos del mundo, aparecen entusiásticamente revocadas con cal y arena mal amasados» (4).

Sinagoga vuelta poco después, y en la medida de lo posible, a su aspecto original, gracias a los desvelos del canónigo Pérez Bayer, logrando se retiraran altares y retablos cristianos, procediendo a limpiar los muros de excrecencias, restaurando y traduciendo las inscripciones hebreas.

Por otra parte, la notoria indiferencia de los viajeros ilustrados respecto a las expresiones artísticas de la civilización islámica pudieran explicar que nadie pareció reparar en el estilo morisco de la arquitectura ladrillicia del exterior y torres de la mayoría de los templos parroquiales de la ciudad. Componentes del luego denominado estilo mudéjar, tan relevante en la visión de Toledo de los turistas de un siglo después.

En todo caso se advierten los efectos de una carencia que entorpeció la intelección de una ciudad históricamente tan compleja como Toledo, radicando, y donde los hubo, en la escasa preparación cultural de los guías al servicio del turista, sujeto denunciado con carácter general, en 1776, por un turista inglés de excepción:

«Una de las grandes irritaciones que el curioso viajero experimenta al viajar por España es la escasez, la inexistencia de tolerables "Ciceroni": con quienes generalmente se tropieza es con unos cualquiera, que se echan una capa sobre su andrajosa indumentaria, y os acompañan a una iglesia o dos, incapaces de daros la menor información satisfactoria concerniente a sus antigüedades o curiosidades» (5).

«Tal es el caso en Toledo», añade de seguido, aportando en apoyo de su aseveración unos cuantos ejemplos relativos a la forma en que mostraban los guías ciertas particularidades de la catedral toledana:

«Para disimular su ignorancia, os llevan ante un agujero en una columna, donde ocultaron una hostia cuando los sarracenos se hallaban en posesión de la ciudad, aunque hubiera sido construido el edificio después de la expulsión de los moros. También os mostrarán la piedra sobre la que se posó la Virgen María, cuando vino a hacerle una visita a San Ildefonso, piedra gastada por el roce de los dedos de los peregrinos. Preguntadle algo sobre la capilla mozárabe, y sobre lo que se hace allí, y como nos dijeron a nosotros, os dirán que allí celebran la misa en griego.»

Por entonces, los horizontes de los destinos toledanos se presentaban un tanto desensombrecidos, una vez accedido al solio arzobispal, en 1772, un excepcional prelado de veta ilustrada; el leonés don Antonio Francisco Lorenzana, prestigiado por una ejemplar actuación en México, también como arzobispo. Los efectos de munificencia en favor de Toledo puso en evidencia la desidia y falta de sentido social de sus inmediatos antecesores, en posesión de tantas o más rentas que el futuro cardenal Lorenzana, recursos dedicados en buena parte a la ejecución de diversas obras en beneficio de los toledanos y del buen aspecto de la ciudad.

⁴ Edward Clark: «Letters concerning the Spanish Nation. Written in Madrid during the Years 1760 and 1761». Londres, 1763.

⁵ Henry Swinburne: «Travels through Spain, in the years 1775 and 1776». Londres, 1779.

Tras abrir al público, en 1773, la rica biblioteca arzobispal, formada con los fondos bibliográficos expropiados a los jesuitas, abordó de frente la restauración del Alcázar, en ruinas, totalmente devorados por el fuego y la intemperie techumbres e interior, de resultas del incendio al que en 1771 sometió el general austríaco Starhemberg, antes de abandonar la ciudad en manos de las tropas de Felipe V. Reedificado el edificio en 1778, con anuencia de su propietario, Carlos III, el gran arzobispo estableció en sus gigantescas dependencias una importante manufactura sedera, con setecientos puestos de trabajo, según informan, entre otros, y con admiración, Townsend y Bourgoing, amén de una Real Casa de la Caridad, albergando varios centenares de menesterosos, eliminando de las calles, por algún tiempo, toda muestra de mendicidad.

En relación directa con el turismo, también debióse a este purpurado, la construcción en la cuesta del Carmen, o de las Posadas, descendiendo del Zocodover al río, de la «Posada de la Sangre»; o dicho sea saltándose el apócope y con arreglo a la denominación oficial, la «Posada de la Sagrada Sangre de Jesucristo», o «Fonda del Arzobispo», como con mejor gusto y acuerdo la llamaron los toledanos. Fonda utilizada por don Antonio Ponz en alguna de sus visitas a Toledo, encontrándola en 1785 «bien provista y servida por personas decentes, pudiendo alojarse en ella muchos huéspedes a un tiempo, de cualquier clase y con la debida propiedad». Valoración similar a la que con mayor precisión formula en 1786 el Rev. Townsend:

«No contiene menos de cuarenta y siete cuartos de dormir, grandes, limpios y provistos de buenas camas. Los precios de cada servicio figuran especificados de modo visible y son muy moderados.»

Prosiguió el arzobispo Lorenzana con sus iniciativas en pro de Toledo, y en 1787, dos años antes de recibir un bien merecido cardenalato, obtuvo de la Real Casa ocho estatuas de reyes, de la serie de los de la Plaza de Oriente, emplazándolas a la entrada de Toledo, de Aranjuez y Madrid, en el paseo existente entre la Puerta de Bisagra y el Hospital de Afuera.

El área de arranque de una costosa y utilísima mejora tendente a dotar de mínimas comodidades al durísimo acceso al corazón de Toledo, por medio de la construcción de una nueva subida a Zocodover desde la puerta de Bisagra. Obra cuya necesidad respaldó ante el Concejo el señor corregidor argumentando que «si se llevase a efecto la subida proyectada, sin disputa experimentaría el público muchísimo beneficio por estar sin comparación más cómoda y usable que la que hay por las Herrerías (es decir, atravesando la Puerta del Sol), en donde por su pendiente han quedado muchos carruages sin poder subir» (6). Una obra municipal de alto bordo comenzada en 1785 que pudo rematarse hacia 1790, merced a correr con la mayor parte de los gastos la generosidad del cardenal Lorenzana. Teniendo lugar por entonces, en 1789, la visita a Toledo del académico de la Historia, don José de Cornide, revistiendo interés sumo su diario de viaje, por exponer el nuevo modo de entender a la ciudad por parte del erudito español, más crítico y poseedor de mejor información para la clasificación estilística de la compleja arquitectura de una ciudad, por su

⁶ Vide: M. Gutiérrez García-Brazales: «El Paseo del Miradero». *Anales Toledanos*, Tomo VIII. Toledo, 1973.

aspecto general nada merecedora del beneplácito del buen ilustrado. Empezando por sus calles:

«Son estrechas, tortuosas, pendientes y mal empedradas, pues lo están con guijos menudos, sin que haya en todo el pueblo una calle que tenga cuatrocientas varas en línea recta.»

Por si fuera poco, constata de seguido su extrañeza por el predominio del uso en su caserío del vulgar ladrillo:

«No obstante la abundancia de piedra berroqueña que hay, no sólo a la salida de los puentes, sino aun en el mismo peñón que ocupa la ciudad; parece que nunca en ella ha sido de moda emplearla en los edificios públicos, a no ser la Catedral, el Alcázar, la Casa de la Ciudad y algún otro, casi todos los más, especialmente las casas particulares, están fabricadas de ladrillo y aun de tapia. De esta mala elección de materiales resulta mucha deformidad en el exterior de las casas de Toledo.»

Entre los escasos monumentos que relaciona, considera «digno de verse» el convento de San Juan de los Reyes, «de arquitectura alemana o de crestería, a la que poco correctamente llamamos gótica», y tras establecer que «en Toledo se conservan monumentos góticos y apenas se pueden distinguir los arábigos», al tratar de distinguir algunos de estirpe tal ingresa en un ámbito estilístico hasta entonces poco menos que inédito, sobre todo en la guía de D. Antonio Ponz, al registrar la abundancia de aquel tipo exótico de arquitectura en ladrillo moruno en las parroquias e iglesias de la ciudad, «llegando a sospechar por la materia y forma de muchas de ellas que los maestros de que se valieron nuestros reyes a reparar las iglesias y edificios públicos de la ciudad eran de aquella nación (la morisca), en la que aunque bárbara florecían por aquel tiempo más las artes que entre nosotros».

Observación, por cierto, formulada ante las arquerías de la hasta entonces raramente visitada iglesia de Santa María la Blanca, sin discernir la antigua condición de sinagoga hebrea del edificio, circunstancia de la que en cambio denota poseer perfecta conciencia al visitar la del Tránsito.

Semejante atención a los edificios religiosos toledanos construidos en el estilo luego denominado mudéjar, no deja de constituir la introducción de una nota más en la apreciación artística de Toledo. Un anticipo del gran impacto entre turistas futuros de tal estilo, contribuyente a generar la perspectiva orientalista y pintoresca pronto dominante, entre visitantes románticos y post-románticos, en la interpretación y disfrute turístico de la Ciudad Imperial.

El Real Sitio de El Escorial

No se precisan grandes esfuerzos para revelar el escaso interés de los primeros Borbones por la egregia propiedad escorialense, heredada de los Austrias, al quedar expresado su rechazo con elocuencia suma, al disponer, tanto Felipe V como su hijo Fernando VI, descan-

saran sus restos mortales lejos del monasterio, desdeñando los sarcófagos en mármol negro dispuestos para ellos en el magnífico Panteón Real.

Actitud en notorio contraste con la afición demostrada por Carlos III por el monasterio, y no sólo por escogerlo para su enterramiento, sino por su sensibilidad a las ventajas que ofrecía en función de Real Sitio, antes y después de terminarse en Madrid la construcción del nuevo Palacio Real. Próximo a la capital, propiciado en él el despacho de los asuntos de Estado al no interponerse, entre el monasterio y Madrid, puerto montañoso alguno que coronar, disfrutando de un salubre clima veraniego y otoñal, y, sobre todo, con generosas oportunidades para la práctica, a tiro limpio, de la caza mayor; el pasatiempo favorito del monarca. Pero un Real Sitio dotado de atractivos de dudoso hechizo para los componentes del real séquito, no especialmente adeptos a ceremonias litúrgicas de alto bordo o a la caza, quienes encontraron inapetente el aburrido repertorio de amenidades ofrecido al residente temporal, por un Real Sitio tan sui generis como pudo serlo el regido por una comunidad religiosa, en un edificio conventual.

De ahí la satisfacción con que palaciegos y palaciegas en comisión de servicio saludaron en 1781 la inauguración del refinado Real Coliseo mandado erigir en 1770 por el rey a su arquitecto don Juan de Villanueva, complemento del moderno poblado de El Escorial de Arriba, surgido a instancias del marqués de Grimaldi, secretario de Estado, con el estímulo de Carlos III, y beneplácito de la comunidad jerónima, en sustitución del amasijo de barracas y casamatas aparecidas de modo ilegal en unos terrenos dominando la fachada principal del monasterio. Una vez construido el hermoso pueblecito, inició su desarrollo el Real Sitio de modo imprevisto por Felipe II y sus inmediatos sucesores. Camino de convertirse en un lugar de veraneo, para particulares de distinción, conforme lo reseña una historia del monasterio:

«El ejemplo de las Personas Reales movió a muchos de los señores que seguían las jornadas a edificar en el Sitio pequeños palacios y casas; y la afluencia de personas que seguían a los Reyes excitó la codicia de los especuladores, que se apresuraron en gran número a pedir terreno para edificar. Como por ensalmo se vieron de una a otra jornada aparecer fondas, paradores y mesones, levantarse casas y hacerse algunos pequeños huertos de particulares; y el Sitio que seis años antes no tenía más que el monasterio, unas cuantas casas y algunas chozas, se convirtió en una población grande y numerosa, puesto que pocos años después pasó de mil vecinos» (7).

Sin quedarse a la zaga la Corona al aportar adiciones constructivas al Real Sitio. Al genio neoclásico de Villanueva corresponde la autoría de la Casa del Príncipe, o de Abajo, el elegante palacete para solaz de los ocios del futuro Carlos IV y allegados, mientras siguieron su curso las importantes obras de modernización de una nueva residencia real, embutida en el ala norte del edificio; el flanco veraniegamente más fresco del monasterio. Un conjunto de salas rehechas en una especie de versión goyesca del estilo Luis XV, respetando afortunadamente aquella remodelación la apariencia original de los cuartos privados de Felipe II, «Aposento», que como dice una guía del tiempo,

⁷ José Quevedo: «Historia del Real Monasterio llamado comúnmente del Escorial». Madrid, 1849.

«está al presente en tanta veneración, que hay gran dificultad en obtener licencia para entrar en él».

Y por las muestras, sin ningún exceso de interés por obtenerla. Por haber cambiado la simbología de El Escorial, mutación notoria en la ausencia de reflexiones, en los visitantes, acerca de la idiosincrasia y de la conducta histórica del monarca fundador, ángulo de visión tan prominente en la óptica de los visitantes de la gran obra en el período romántico y hasta en el nuestro. Los ilustrados admiraron el edificio y su contenido en sus propios méritos visuales. Difícil para ellos aceptar el epíteto de «octava maravilla» aplicado a aquella construcción, cuando la mayoría de ellos conocieron otra aún mayor, y de significado más en consonancia con su sensibilidad estética. El palacio de Versailles, concluido a mediados de aquel siglo.

Sin desmerecer en lo más mínimo la proyección turística del monasterio de El Escorial, como más tarde indicó el P. Quevedo, «así llamado comúnmente por su proximidad a la villa de este nombre, junto a la cual está fundado». Por el contrario, mantuvo incólume en el mundo del viaje su fuerza icónica, merced a la amplia difusión por el extranjero de su formidable silueta, cortante y superangular. La impresionante panorámica de la gran parrillada granítica, anclada en el corazón geográfico de España, popularizada por los grabados y estampas que la reprodujeron desde el momento de su construcción.

Promoción apoyada por otra particularidad concurrente en tan particular monumento, consistente en seguir apareciendo guías, naturalmente monográficas, sobre el monasterio, pese a diferir no poco el espíritu y estilo del gran edificio de las corrientes estéticas dominantes en la ideología turística del momento. Campo en el que expone la universalidad de su fama el hecho de imprimirse en Londres, en 1760 y 1761, la «Description of The Escorial», palacio real y monasterio, no otra cosa que la traducción literal efectuada por George Thompson, de la edición de 1698 de la vieja guía del P. Francisco de los Santos. Ambas superadas en todos los órdenes, al imprimirse en Madrid, en 1764 y por todo lo alto, la «Descripción del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial», del P. Andrés Ximénez, y en tamaño «in folio», dimensión indispensable para poder adornarse con las espléndidas láminas, grabadas en cobre, que ilustran la obra.

En cuanto a guías portables y económicamente más accesibles al común, la información turística de El Escorial quedó por largo tiempo cumplidamente satisfecha por las ediciones de 1773, 1777 y 1778 del tomo II del «Viage» de D. Antonio Ponz, «El Escorial y su comarca», dedicado en su integridad a enumerar y explicar al dedillo la historia y riquezas artísticas del monasterio. Entre las que, en detrimento de su arquitectura y esculturas, y muy en sintonía con los gustos del turista del tiempo, y los particulares del abate valenciano, sobresale con mucho sobre el templo, biblioteca y panteón real, su colección pictórica. Una perspectiva un tanto escorada y quizá excesivamente subrayada por el barón de Bourgoing, al cerrar su elogiosa referencia a las mejores pinturas allí exhibidas, con una resolución rotunda y maximalista por demás:

«De intentarlo, nunca acabaría de relacionar todos los cuadros notables poseídos por El Escorial. Pero baste lo dicho para comprender que debe prin-

principalmente a ellos su reputación y que si se le despojase de esta parte de su riqueza, y no le trajese todos los años la Corte el gasto que lleva consigo, sólo sería considerado como un enorme convento, mucho más imponente por su tamaño y solidez, que por la magnificencia de su ornamentación.»

El aumento del número de cuadros distribuidos por las dependencias del monasterio es circunstancia de seguro no ausente en la alta valoración del conjunto formulada en 1776 por un «connoisseur» del paladar y experiencia de Mr. Swinburne:

«La colección de pinturas, dispersas por varias partes del monasterio, sobrepasó mis expectativas, atreviéndome a opinar, que la colección, si no superior, es igual a cualquier galería de Europa, excepto a la de Dresde.»

Declaración exenta en aquella fecha de hipérbole alguna. Máxime habida cuenta de la inexistencia, entonces, del Museo del Prado, por cierto, organizado en no pequeña medida a costa de privar de no pocas de sus mejores pinturas a las salas de El Escorial. Pinturas productoras de unas reacciones en el ánimo de los viajeros, cuya filiación permite ilustrar, más que una evolución en los gustos pictóricos, un mayor tino y pericia en el justiprecio estético de las obras. Resultado apreciable anotando al ocupar el puesto de pintura reina del monasterio dejado por «La Perla», de Rafael, por otra obra del mismo pintor, exhibida en la «iglesia vieja», convertida en una sala museística más, destacando sobre todas las pinturas la señalada por el P. Ximénez en su guía:

«Un famoso original en tabla, del celebrado Rafael de Urbino, en el que parece llegó a lo sumo, tocando la raya en la eminencia del Arte, y últimamente movido a su mayor seguridad y conservación, se ha puesto en esta Iglesia, en donde está guardado con llave, sin que por eso dexé de mostrarse a todas las personas de buen gusto que quieren verle.»

Criterio corroborado nueve años más tarde, y en su guía respectiva, por D. Antonio Ponz, al inventariar los cuadros conservados en la «Iglesia vieja»: «cuadro que aunque no se guardase en aquel sitio, bastaría para que los curiosos e inteligentes se incomodasen para ver esta obra maravillosa».

Se trataba de la «Madonna del Pesce», o «del Pez», cuadro de indudable calidad, jamás visto por Felipe II, y trasladado desde Nápoles a El Escorial, por su nieto, el cuarto de los Felipes. Por supuesto, y continuando hablando de modas, que sin por asomo prestar nadie la más mínima atención a los cuatro Grecos del monasterio, entre ellos, el «Martirio de San Mauricio», instalado en forma no muy visible en el altar de la capilla del Colegio, lienzo que sirve al P. Ximénez para reprobar al artista por «poner todas las figuras como descoyuntadas y de un color desmayado y desagradable».

Volviendo a aspectos más relacionados con el prosaísmo de todo viaje, procede indicar el hecho de seguir sin plantearse problema alguno de hospedaje en la visita a El Escorial, gracias a la vigencia de los dispositivos arbitrados por el providente monarca fundador del monasterio. Concebidos como un servicio más, gratuitamente prestado por la comunidad jerónima, en dos grandes Hospederías. Una, la

mejor, para visitantes de cierto fuste y entidad, instalada en el cuerpo del edificio conventual, tal y como especifica el P. Ximénez en su guía:

«Con muchas Salas y Aposentos para los Huéspedes, a quien sirven los Niños que allí están acomodados para el Estudio.»

La otra, extramuros del monasterio, instalada en la construcción llamada de «La Compañía»: «Con celdas altas y baxas para todo género de Huéspedes, que fue necesario duplicarla por los muchos que allí concurren.»

Añadiendo el P. Ximénez, «más un Refectorio y debaxo otros para los peregrinos y pobres, donde se da diariamente limosna a todos los que vienen».

Venidos los procedentes de Madrid, y desde 1775 en adelante, beneficiándose de la modernización de las siete leguas de carretera practicada por orden del primer ministro, el genovés marqués de Grimaldi, haciendo se construyeran varios muy necesarios puentes, amén de otros dispositivos camineros complementarios, puntualmente registrados por D. Antonio Ponz en su guía de El Escorial:

«También se han fabricado tres casas de posta en el expresado camino, para comodidad de los que van al Sitio cuando su majestad reside en él, encontrándose caballos prontos para las calesas nuevamente establecidas, mediante lo cual en cuatro horas se hace este viaje.»

Mejoras responsables de que en el invierno de 1787 pudiera William Beckford, efectuar en un sólo día, sin necesidad de madrugar y desafiando las inclemencias de un día inhóspito e infernal, su excursión a El Escorial, no sin poner en juego ciertos artificios muy al alcance de su cuantiosa fortuna, preparando de antemano, y en las casas de posta, tres relevos de mulas a lo largo de un camino recorrido en coche propio al galope. Pergeñando el bucólico paisaje velazqueño contemplado al filo de aproximarse a la severa mole del monasterio:

«A derecha e izquierda de la carretera, de noble anchura y perfectamente bien construida, se veían extensos parques de césped moteados de fragmentos de rocas y de tocones de roble y de fresnos. Numerosos rebaños de venados se hallaban inmóviles, elevando quietamente sus inocentes hocicos, mirándonos cara a cara con sus bellos ojos, seguros de no ser molestados por nadie, por jamás permitir el rey dispararse un sólo tiro en aquellos cercados» (8).

Llegado al monasterio, cambia de tono el estilo de su apasionante descripción, adoptando uno más en consonancia con el imperante en la fecha en que publicó su relato, insólito el vigente en los tiempos en que realizó su excursión. La visión del monumento no es la de un ilustrado como tampoco es el sentimiento con que penetra en la iglesia: «Experimenté una especie de escalofrío, sin duda producido por el vívido recuerdo de los días negros y sanguinolentos del marido de nuestra tétrica reina María Tudor». Por lo que el interior del magnífico

⁸ William Beckford: «Italy, with sketches of Spain and Portugal». París, 1834.

templo no lo ve como el de una iglesia cristiana, sino «como un templo subterráneo escogido para servir a alguna misteriosa y terrible religión».

Mr. Beckford retorna a más lúcidos y firmes terrenos al encararse «con la hueste de gloriosos Tizianos y de obras de maestros insignes que cubren con un paraíso de rutilantes colores los macizos y opacos muros de las estancias conventuales». En su calidad de entendido «dilettante» selecciona tres cuadros situándolos a la cabeza de su predilección: resultan ser:

«La más delicada obra de Rafael, "la Perla", en toda su pureza, el "Pesce" (también de Rafael), con su divino Angel y el joven devoto Tobías, y la pintura más hondamente patética que conozco, Jacob llorando sobre las sangrientas vestiduras de su hijo: la más alta prueba existente de los extraordinarios poderes de Velázquez, en la más noble obra de arte.»

Una pista válida para percibir el interés principal de la excursión escurialense de Mr. Beckford. Radica en constituir un exponente precoz de una nueva manera de ver y de sentir el gran monasterio. En la clave patética y sombría en que lo vieron los turistas románticos.

La Granja, más Segovia y Avila además

Durante el reinado de Carlos III, el Real Sitio serrano creado por su padre Felipe alcanzó su plenitud de funciones como tal, gracias sobre todo a la desmedida afición del rey por la caza, para cuya práctica en los boscosos paisajes de los montes de La Granja encontró oportunidades más amplias todavía que por las arboladas praderías de El Escorial. Como no pudo ser menos, La Granja recibió algunos toques constructivos del gran constructor. En particular la avenida de entrada al palacio, formada por una avenida determinada por los cuarteles edificados para la guarnición, cerrada por la Puerta de Segovia, con una espléndida reja labrada en 1774 en Bilbao.

Nada insólito en temporadas idóneas, léanse veraniegas, y en ocasión de partir o arribar alguna expedición cinegética, contemplar, envuelta en una bulliciosa revolera de jaurías, monteros y escopeteros, la breve figura del monarca, vivaracha la nariguda faz bajo el empolvado peluquín, ennegrecida la tez por pasarse media vida a la intemperie con el escopetón al brazo.

A despecho de su magnífica estampa, y espléndida ubicación, como residencia veraniega de una Corte, La Granja de San Ildefonso distó infinito de poseer el festivo y refinado atractivo de su alma mater, el Versailles de Luis XV, la Pompadour y de la Du Barry, o la emancipación estética y cultural de las numerosas residencias reales surgidas por las más risueñas campiñas de la Europa del siglo XVIII. Si bien en La Granja el séquito cortesano disfrutó del alivio de vivir exento del ambiente conventual de El Escorial, no se libró de la severidad de las normas palatinas impuestas por la sempiterna viudez del rey cazador, privándole al palacio segoviano el nada fácil acceso desde la capital del reino, irradiar la atracción proyectada por Aranjuez, por ejemplo y sin ir más lejos.

De aquí que el interés turístico de La Granja, el Real Sitio más europeo de los españoles, radicó en la visión de sus colecciones artísticas, ricas en pinturas, tapices y escultura clásica, en aquel entonces, y más aún en la contemplación de sus sensacionales fuentes y jardines. Sirva de muestra del impacto entre visitantes franceses la impresión causada en un viajero de aquella nación, aparecido en 1777, denotando fuertes prevenciones a estampar en su libro cosa alguna buena de España. Actitud temporalmente positivada en trance de describir las fuentes de los preciosos jardines con cierto beneplácito, tal vez por deberse su confección a paisanos suyos. Alaba en particular «la soberbia Cascada», de la que el surtidor de Andrómeda es el punto más elevado, para seguir con diapasón idéntico al reseñar las exuberancias acuáticas del Baño de Diana:

«Una obra maestra de ingeniería hidráulica, escapándose las aguas por cien bocas para volver a caer con un terrible ruido: el vapor que de ellas se exhala esparce a cincuenta pasos un dulce frescor. Pero, para mi gusto, la más ingeniosa y curiosa fuente es la que llaman el Canastillo de Flores. Tiene siete surtidores de gran altura, sometiendo al agua, al antojo de las llaves, varios agradables cambios. Apenas si se goza más de media hora el juego y la belleza de las aguas, pues para hacerlas durar sería preciso contar con un mar inagotable, tanta es la cantidad de agua vertida por las diversas cascadas, y por los estanques y fuentes adonde se la fuerza a dirigirse» (9).

Señala monsieur Peyron que el rey Felipe aspiró a construirse en La Granja un retrato en miniatura de Versailles, mas guardándose muy bien, y por supuesto, de coincidir con el criterio del inglés Swinburne, y no fue el único, quien tras admirar con detenimiento el juego de unas fuentes abiertas para su particular gozo, gracias de llegar de Madrid provisto de una orden al efecto, consideró a las fuentes castellanas, superiores a las de Versailles.

Achaque común a todo lugar turístico en vías de consagración, que adopte su descripción formas de lugar común, desprovista por completo la prosa de acento personal. Tara evidente en la hiperbólica reseña suscrita en 1771, un tanto a borbotones, por el joven caraqueño, y futuro «libertador» de su patria, Francisco de Miranda, de visita a la tierra de sus mayores:

«Este es el sitio más famoso, sin comparación, de todos los que tiene el Rey de España (y aun todos los reyes de la Europa) por la Magnificencia de sus Jardines, Fuentes y Estatuas; sobre todas, la fuente de los Baños de Diana; La Fama, las Ranas y la Canastilla. El Palacio es muy magnífico aunque en el exterior no tanto como por adentro, contiene también en los cuartos bajos (y son más de veinte) una infinidad de Estatuas, y bustos (aquí está el grupo famoso antiguo de Cástor y Polux que viene de la Reina Christina de Suecia)» (10).

Fuentes y antigüedades relacionadas en 1781, y con su minuciosidad habitual, por don Antonio Ponz, en el tomo X de su «Viage».

Una visita turística a La Granja no solía consistir en un recorrido a sus singularidades, digamos convencionales. En línea con las tendencias didácticas del turismo de la época, tuvo su ineludible complemento con una inspección a cierto establecimiento de espíritu muy en sintonía, tanto con las apetencias progresistas del viajero de

⁹ Jean-Francois Peyron: «Nouveau voyage en Espagne fait en 1777 et 1778». París, 1782.

¹⁰ «Diarios de los Viajes del general Miranda». Academia Nacional de la Historia de Venezuela, s/f.

entonces, como con la filosofía del buen gobierno sustentada por los déspotas ilustrados de la centuria. Se trató de presenciar los trabajos realizados en la «Real Fábrica de Cristales», instalada por Felipe V, en un caserón próximo a la entrada principal del Real Sitio, industria reconvertida y reestructurada por Carlos III, con arreglo a normas ensayadas ya en la fábrica de porcelana del Buen Retiro, aplicando complicadas técnicas, relacionadas con el barón de Bourgoing, en su visita, como él dice, «a aquella industria consagrada al lujo»:

«Se fabrican allí espejos y lunas de todos los tamaños, menos transparentes que las de Venecia y Saint Gobain, pero mayores que las fabricadas hasta ahora en lugar alguno. En 1782 vi echar en el molde una luna de 130 pulgadas de largo por 70 de ancho, recibiendo la materia en fusión una enorme plancha de bronce, que pesaba 19.800 libras, pasando sobre ella, para extenderla y alisarla, un cilindro que pesaba 1.200. Hay en el vasto y bello edificio en que se realizan estas operaciones veinte hornos en los que se depositan y encierran las lunas herméticamente, para que vayan enfriándose, durante un período de tiempo que oscila entre quince y veinticinco días. Las que estallan o tienen algún defecto, se cortan para espejos, vidrios de ventana o de carruaje. El mantenimiento de esta fábrica resulta costosísimo para el rey.»

Industria, como la del Retiro, tarada su explotación con enormes déficits económicos, y superávits de personal, típicos por lo visto en la mayoría de las empresas estatales. Lo que en nada quita para que con sobra de apoyo pudiera afirmar en su «Historia del Arte Hispánico» (1949), el marqués de Lozoya, «en las últimas décadas del siglo XVIII, la Fábrica de La Granja y sus productos gozaban de gran prestigio en toda Europa». Prestigio hartó evidenciado sin salir de España con sólo contemplar las inmensas arañas, grandiosos espejos, preciosos candelabros, consolas y estatuillas, que siguen decorando las salas del Palacio Real de Madrid y las de los Reales Sitios de la monarquía borbónica, maravillas de alta artesanía manufacturadas muchas de ellas en aquella excepcional factoría.

La frecuente inclusión de La Granja en muchos itinerarios de extranjeros no pudo menos que contribuir, de modo inevitable, a que la cercanísima Segovia fuese mejor conocida. Sin que, como aclara Townsend, no fuera óbice el haber sido entregado el Real Alcázar a la jurisdicción militar, para que el extranjero tropezara con obstáculos para explorar la bellísima fortaleza: por más que encontrara ocupado más de un real aposento por los dormitorios y aulas de los cadetes de la Academia de Artillería, instalada en su interior desde 1764.

Sin duda alguna, nada más interesante en la ciudad que su prodigioso acueducto, para el barón de Bourgoing, «aun hoy una de las construcciones romanas más asombrosas y mejor conservadas», no sin omitir en su sucinta descripción del monumento la existencia de ciertas adiciones posteriores a su fábrica, en las que hasta entonces no era costumbre parar mientes:

«Da pena ver unas miserables casuchas, adosadas al pie de los arcos, pagando la protección que para su debilidad buscan en ellos con la injuria de su presencia. De todos modos, apenas alcanza su bulto a un tercio de su altura, y sirven para poner de relieve la noble grandeza del acueducto.»

La relativa popularidad entre viajeros de Segovia tuvo escaso paralelo en Avila, su hermana en historia y castellanidad, pero menos estratégicamente situada. La vieron de modo perentorio, probablemente a causa del poco impacto visual atesorado por lo que sería en el futuro su gala turística mejor, pero entonces un rasgo poco sobresaliente en una Europa llena aún de ciudades bien amuralladas. Sin embargo, como dice Ponz al mencionar las ochenta y ocho torres y dos mil quinientas almenas de las murallas, «aun en el día causa admiración en verlas, de lo que puede inferirse qué tal parecieron en lo antiguo, cuando estaban más exentas y enteras».

Suficientemente enteras y sin reparar por lo visto en los edificios adheridos al exterior de los muros las contempló el mayor Dalrymple en 1774, un militar inglés destinado en Gibraltar, en un recorrido turístico, al esbozar la estampa de la ciudad:

«Está situada en un altozano, cercada por una antigua muralla, con torres, formando una especie de cuadrado alargado. Pasé unos tres cuartos de hora caminando alrededor de las murallas, que se conservan enteras.»

En cuanto al interior de la ciudad, coincide con Ponz al encontrarlo como un Toledo en pequeño; levítico, decadente y depauperado:

«Las calles son estrechas y las casas bastante pobres, con muchos viejos palacios, patéticos recuerdos de un antiguo esplendor, desmoronándose en ruinas. Únicamente reside en ella un sólo título de Castilla, atraída por la Corte el resto de la nobleza.»

Por su parte, el barón de Bourgoing no es excepción al ver a la ciudad a una luz nada favorable a las preferencias turísticas de los ilustrados:

«Sus sólidas murallas, sus torres, su alcázar y la cúpula de su antigua catedral gótica, le dan de lejos un imponente aspecto. Pero sobrepasando su pobreza y despoblación a cuanto pueda decirse.»

La vivencia abulense del Rev. Townsend inserta una nota original. Pese a limitarse a constatar meramente la existencia de la muralla, su vasta cultura hispanista le da pie para incurrir en la novedad a adelantarse a futuras tendencias turísticas, ya presentes en la vinculación a Burgos de la figura de El Cid, estableciendo asociaciones literarias entre la ciudad y su ilustre hija, Santa Teresa de Jesús.

Salamanca y su «grand place»

A modo de complemento, evoquemos los casos, no muchos, en los que aquel itinerario por la Vieja Castilla se enriqueció con una jornada en la docta y no muy distante Salamanca, encontrándola por lo general sus visitantes poco atractiva. La vieron anticuada, «gótica» a juicio de alguno, encerrada en sus murallas aún dotadas de algunas cuantas puertas de cierto valor monumental, en cuarto menguante su Universidad, con una matrícula de alrededor de 2.000 estudiantes,

pugnando por ponerse al día y emerger de su profunda crisis. Sin excepción alguna los viajeros censuraron el muy poco aseado callejero de la ciudad, sin registrar ninguno su brioso auge constructivo, plasmado en obras como la finalización de la catedral nueva, de la Clerecía y de algún que otro Colegio Mayor más, eclipsado el conjunto por la obra más turística de todas ellas. Su prodigiosa Plaza Mayor, en hermoso granito salmantino, una creación en comedido rococó de la dinastía madrileña de los Churriguera, temporalmente asentados en la ciudad del Tormes.

Es interesante la historia de la nueva plaza, surgida en breve tiempo sobre el solar dejado por la ancestral plaza de San Martín del Mercado. Fue producto de impulso municipal, en virtud de propuesta formulada en 1728 ante el Cabildo por el corregidor, el mariscal de campo don Rodrigo Caballero, quien según consta en su «Proposición», apoyó su proyecto sustentándolo sobre tres sólidas premisas. La primera de orden estético y apelando al orgullo colectivo de los salmantinos:

«En nuestra misma España vemos la sumptuosidad de la Plaza Mayor de Madrid, la del Ochavo de Valladolid y la del Cuadro de Córdoba, todas magníficas y celebérrimas obras, tan insignes y tan celebradas de los extranjeros y naturales» (11).

De seguido expuso un argumento de orden práctico; la necesidad «de ser preciso portales y pórticos cubiertos, a cuyo abrigo se puedan poner los que venden pan, el pescado, la cabritería, la recova, los frutos y otros géneros». Por último, y como quien no quiere la cosa, alegando lo que bien pudo ser la principal razón de la suntuosidad de una plaza profusamente dotada de balcones. Buscando complicidad en la arraigada afición taurina de una ciudad donde el ceremonial de recepción de grados universitarios prescribía al recipiente de un doctorado, el deber de costear una corrida de toros pública, lidiándose por lo menos diez reses de muerte, por lo que era frecuente que cuatro o cinco recipientes de doctorados con pompa, juntaran bolsas y calendario para celebrar la ceremonia taurina al mancomún, esperando los más pobres a la proclamación de algún luto oficial, con prohibición expresa de festivales taurinos, para recibir su grado como quien dice en precario y a cencerros tapados.

De aquí que en la «Proposición» del señor corregidor se citara expresamente, como un motivo más para erigir la plaza «el ser tan frecuentes las fiestas de toros, que al menos deben haber tres corridas cada año, y en el próximo pasado (1727) hubo siete».

El coste de la plaza hubiera resultado más elevadísimo para unas arcas municipales nada boyantes de no haber aliviado la carga los edificios sufragados por particulares, sometida su construcción al uniforme patrón especificado en el proyecto general elaborado por don Alberto de Churriguera.

Pudo así adornarse la Salamanca deciochesca con un lujo arquitectónico excepcional, con lo que vino a ser en sustancia, y a cien años vista, como una edición de lujo de la Plaza Mayor de Madrid, pero es posible que a expensas de continuar privada, entre otras cosas, de un servicio de alcantarillado decente.

¹¹ Documento descubierto y publicado por M. Villar y Macía, en su «Historia de Salamanca», Tomo III. Salamanca, 1887.

Pudo la plaza darse por concluida en 1755, a raíz de terminarse en lugar de honor el edificio del Ayuntamiento, fecha en la que tuvo ocasión de conocerla y admirarla en toda su granítica gloria el milanés Norberto Caimo, calificando al soberbio conjunto, convertido en el centro vital de la ciudad, «a modo de patio de un palacio real». Impresión realizada por la regia apariencia del llamado «Pabellón Real», una estructura de aire plateresco, sobre un arco de enorme amplitud, y el rosario de vistosos medallones con efigies de monarcas, en medio relieve, esculpidos en las enjutas de unos espaciosos soportales poblados de comercios y de mesones, como el de «La Posada del Sol», a juicio del inglés Twiss, otro panegirista de la plaza, el mejor alojamiento regido por un español que había encontrado en España.

La escenográfica plaza jamás cesó de ocupar destacado lugar en las preferencias de los visitantes, viéndola en 1774 el mayor del ejército británico, Dalrymple, «como un cuadrado muy hermoso, bien construido», por más que a su parecer construido «much in the Moorish taste», o sea, en estilo moruno.

El patrimonio monumental de Salamanca quedaría mejor filiado al aparecer en 1782 por el feudo arquitectónico de los Churriguera, don Antonio Ponz; presta al ataque el purismo de su pupila neoclásica. Una vez más sumamente ilustrativa su toma de posición en la valoración global de los monumentos de la ciudad, expresada en su frase: «edificios suntuosos ejecutados con arte y con ingenio, cuando muchos de los modernos son otra inmundicia semejante a la de las calles». Dadas sus inclinaciones académicas, no olvida rendir homenaje a un monumento poco tenido en cuenta por la mayoría de los viajeros del tiempo: el puente romano sobre el Tormes: «Una de las antigüedades de mayor importancia que hay en Salamanca y en España», consta a modo de pórtico en su pormenorizada descripción.

En su visita a las catedrales, apareadas como hermanas siamesas, indica haber quedado reservada la conclusión de la nueva «al insigne Churriguera, para que luciese en ella sus extravagancias», escabulléndosele en la descripción de la catedral vieja el espectacular retablo del altar mayor, coronando un gran Juicio Final cincuenta y tres tablas producto de la mejor escuela pictórica florentina del siglo XV. Fiel a sus excluyentes credos estéticos, Ponz se vio obligado a formular algunos dengues y reparos a la primorosa filigrana escultórica de la fachada de la Universidad:

«Sería muy largo contar la menudencia de las labores que hay en ella, como la delicadeza de su ejecución; pero la arquitectura no había llegado a recobrar su forma grandiosa y el fuerte de entonces consistía en acabar con prolijidad y esmero estas menudencias.»

Más adelante, ha de superar su intensa repelencia respecto al estilo de las obras de los Churriguera para cumplir con el ineludible deber de enfrentarse con «una de las obras modernas que más se celebran en Salamanca y fuera de ella». Su espléndida plaza, por descontentado. Saliendo del amargo trance con un simulacro de elogio, bífido como una lengua viperina:

«No se puede negar que la idea fue grande y que la obra podría ser de la mejor arquitectura; pero creyeron ser la mejor la que se puso en práctica. Sin embargo, el todo de esta plaza, que es cuadrada, parece bien y mucho mejor a los que no se paran en finuras y propiedades del arte.»

Hubo algo más que simple antichurriguerismo en las reticencias y descalificaciones de Ponz ante la Plaza Mayor salmantina. Lo probó un año más tarde al reaccionar de modo parejo ante la considerada por la mayoría de los turistas de hoy, como la emperatriz de las plazas monumentales europeas. Naturalmente, la «Grand Place» de Bruselas. A la que de entrada, y a causa de la polícroma ornamentación de los edificios que la conforman, la tildó Ponz de «parecer más que una plaza, un gabinete o galería de obras de escultura que otra cosa». Sobrecargada de «muchos letreros y muchas menudencias, poco conducentes a lo serio y grandioso de la arquitectura, que, con un plan establecido, se podría haber logrado a menos costa» (12).

A punto de retroceder sobre nuestros pasos, y seguir ruta, abandonamos a la siempre famosa pero en la práctica muy olvidada Salamanca, tras asignarla la misión de representar, de modo sintético, el inédito potencial turístico de otras ciudades situadas en aquella parte de España, y por varios decenios por venir, muy poco frecuentadas por el grueso del turismo extranjero.

Aranjuez y su villa y Corte

Razones visuales de sobra le asistieron al barón de Bourgoing, sobre el gran Real Sitio primaveral a orillas del Tajo para escribir en 1778: «Difícil les sería a Carlos V y a Felipe II reconocer al Aranjuez de hoy, convertido bajo la dinastía borbónica en una de las más gratas residencias reales de Europa.» Dificultad hija en gran parte de sustituir un nuevo palacio real al viejo y muy combustible caserón de los Austrias, totalmente destruido en los incendios de 1727 y 1748, llevándose por delante el primer siniestro gran cantidad de valiosas obras artísticas.

Al ordenar Fernando VI, a su arquitecto, Giacomo Bonavía, la inmediata reconstrucción del edificio, sujeto a módulos más suntuosos y «modernos» que el anterior, no fue aquella la única ruptura con el pasado. Muy superior trascendencia revistió la decisión del rey, movido por la necesidad de proporcionar acomodo y distracción a los acompañantes y servicios complementarios de la Corte, ordenando al mismo Bonavía planificar la construcción de una población, hecha y derecha, concebida con arreglo al ideal urbanístico «ilustrado», plasmada en el módulo de las «Residenzstadte» germanas. Una vez trazado su diseño y urbanizados los terrenos, surgió una nueva población al permitir la Corona, a ciertos particulares que lo desearan, edificarse casas propias, pero uniformes, en solares puestos gratuitamente a su disposición. La aristocracia respondió entusiasta a la generosa oferta del soberano, coadyuvando a que en breve plazo surgiera armónica y espaciosa la nueva población de Aranjuez.

«Todas las calles trazadas a cordel, y anchas, quizá demasiado para la poca altura de los edificios y lo caluroso del clima», dijo Bour-

¹² Antonio Ponz: «Viage fuera de España», Tomo II. Madrid, 1785.

going atribuyendo el estilo de las construcciones al marqués de Grimaldi, «embajador de España en La Haya, de donde trajo la idea de construir una villa holandesa en el corazón de Castilla».

Merecedores, en 1760, su palacio y sus manicurados jardines mitológicos elogios de un turista turinés altamente britanizado:

«He visto en mi vida muchos lugares admirables, pero ninguno tan delicioso como el palacio y los jardines de Aranjuez. Un poeta diría que Venus y Amor convocaron aquí a consulta a Cátulo y a Petrarca, para construir una mansión campestre digna de Psiquis, de Lesbia, de Laura o de alguna infanta española» (13).

Nada más, y ahí quedó aquello. Fallecido Fernando VI, tocóle a Carlos III la tarea de ultimar —y bastante más— los proyectos de su hermano. Dotado de innegable experiencia napolitana en materia de Sitios Reales, y resuelto a combatir la soledad de su viudez entregándose de lleno a su pasión cinegética, destinó las residencias primaverales de Aranjuez para darle gusto al dedo posado en el gatillo, prosiguiendo con más imaginación y vuelos las obras de su antecesor. Mientras se llevaban a cabo importantes obras de ampliación del cuerpo del palacio real, interpoló en 1765, en su convencional interior, un vibrante toque exótico a cargo de su más fastuoso y original salón. La «Saleta de la Porcelana», su aposento favorito, decorada en el más cumplido y chinesco «rococó», recubiertos techo y paredes de unas polícromas placas de porcelana, sujetas a los paramentos por invisibles tornillos. La obra maestra del equipo de artesanos napolitanos, empleados en la fábrica madrileña del Buen Retiro.

Los célebres jardines también recibieron adecuada atención. Elevado el nivel de las aguas del Tajo por medio de una escalonada presa llamada de «Las Castañuelas», hizo construir aguas arriba, y en su más arbolada margen, la «Casa de los Marineros», cobijo de una lujosísima flota de graciosas falúas, y de unos marineros de la Real Armada, presumiblemente robustos, encargados de remar en ellas, en ocasiones en las que la real familia e invitados realizaban bellas excursiones fluviales a la frondosa sombra de los álamos.

La villa de Aranjuez experimentó importantes innovaciones en 1767, al darse por terminada en neoclásico la amplísima plaza de San Antonio, de cara a la avenida de Madrid, presidida por un elegante templo rococó, enmarcado el conjunto por un par de largas galerías paralelas y adyacentes a las Casas de los Oficios y de los Infantes. El mismo año, y con asistencia del popular monarca, se inauguraba en la vecindad de la plaza un coqueto Teatro Real, con representaciones públicas de ópera italiana. Teatro y repertorio disfrutados en la temporada siguiente, durante su estancia en Aranjuez, por el famoso aventurero Giacomo Casanova, invitado por el embajador veneciano.

Se celebran las fuentes de los jardines de Aranjuez, bien que con menos hipérbole que en el pasado disminuidas por las muy superiores de La Granja. Algo parecido le ocurre a su palacio, que cobra regia prestancia externa al terminarse en 1778 su gran ampliación, por medio de la construcción de un par de prominentes alas laterales,

¹³ Joseph Baretti: «A Journey from London to Genova, through England, Portugal, Spain and France». Londres, 1770.

determinantes del señorial Patio de Armas, o de Parada, ante la principal fachada del palacio. De un palacio de no fácil accesibilidad a su interior, de no tratarse de personas de fuste o bien relacionadas con la Corte.

Los parques amplían considerablemente su arbolada extensión, al iniciarse en 1780, y promovidos por el futuro Carlos IV, en sus largos años de príncipe de Asturias, las obras de lo que luego sería el llamado jardín del Príncipe, y la hermosa avenida de la Reina, singularmente apta para recorrerla en carruaje o galopando en alguno de los hermosos ejemplares de la vecina yeguada real, otro de los lugares dignos de visita.

Al repasar los testimonios impresos en la época sobre Aranjuez, mayormente extranjeros, no puede menos que llamar fuertemente la atención la escasísima relevancia del Real Sitio en el repertorio turístico de los españoles, e incluso en el de los madrileños, se optar por apurar la cosa. Observación en absoluto referida a los meses veraniegos, cuando Aranjuez seguía quedando abandonado y desierto, a causa de su notoria insalubridad. La incomparecencia española, en las primaveras y otoños, es un extraño fenómeno cuya explicación bien pudiera radicar en la experiencia vivida en 1786, por el reverendo Townsend, en ocasión «de acudir a la Corte para ver comer al rey y a la familia real», menester que, como los Borbones franceses, los españoles solían despachar a la vista de un público selecto a buen seguro, pero público al fin. Espectáculo no reseñado por el minucioso visitante inglés, quien en cambio, y para aviso de futuros viajeros, hizo públicas ciertas molestias sufridas en el curso de su pequeña excursión a un punto turístico de temporada:

«Quienquiera se dirija a Aranjuez, cuide antes de llenar su bolsa, en la seguridad de que pronto se le quedará vacía. Pagué por una sola mula y un cochecillo ochenta reales, que equivalen a dieciséis chelines y ocho peniques, para recorrer nada más que tres leguas, haciéndome pagar por un cuarto miserable, con una cama, ocho chelines y cuatro peniques, exigiéndos ocho chelines y cuatro peniques, por media jornada, si no lo dejáis libre por la mañana temprano» (14).

Sin que ello significara tildar de ladrona a la industria hotelera local, conforme aclara acto seguido:

«Por más que parezcan exorbitantes los precios, no puede acusarse de irracionales a los posaderos, pues sólo disponen de muy corto tiempo para sacarle beneficio a su establecimiento. Estos precios hacen que no se vaya allí más que por necesidad, teniendo que soportar quienes no tienen más remedio que ir una carga muy grande.»

Pese a estos inconvenientes, villa moderna, hecha y derecha la de Aranjuez, cuya mera existencia, y precisamente al término del tramo inicial, no pudo menos que propiciar, rumbo hacia el sur, la gran excursión turística española.

¹⁴ Joseph Townsend: «A Journey through Spain in the years 1786 and 1787». London, 1791.